

LIBRO SEGUNDO

1600 — 1699

CAPÍTULO PRIMERO

(1600)

ESTADO DE LA COLONIA AL TERMINAR EL SIGLO XVI

Configuración y aspecto del país. — División política. — División eclesiástica. — Ciudades, villas y pueblos

Ocupaba la colonia llamada Nueva España, al terminar el siglo XVI, poco más ó menos la misma extensión territorial que la hoy República de los Estados Unidos Mexicanos, desde el 16° al 32° en la América Septentrional y en esa parte del continente cuyos contornos dibujan de una manera informe la cola de un inmenso pez, ó hacen recordar la figura de las fabulosas sirenas de la mitología griega. Baten aquel territorio, por el lado del oriente, las agitadas aguas del seno mexicano, y por el sur y occidente las majestuosas olas del mar del Sur, llamado después el Océano Pacífico, no por la calma de la Naturaleza, sino por la paz de los hombres, que si bien se desatan sobre aquellas aguas vientos y tempestades muchas veces más terribles que en el Atlántico, ningún combate naval registra la historia, digno de sus anales, que haya turbado la paz entre los pueblos en aquella inmensa superficie de agua; ligeros choques entre los bajeles de los atrevidos navegantes europeos y las canoas de isleños poco civilizados; encuentros sin consecuencias ni grandeza entre los buques españoles y portugueses; robos ó persecuciones de piratas, estas han sido las únicas manifestaciones de la guerra entre los hombres que han acontecido en ese Océano majestuoso, que no sin razón lleva por eso el nombre de Pacífico.

La asombrosa cordillera de los Andes, que encadena todo el continente americano, formando revueltos nudos en Chiapas, se recoge y estrecha para atravesar el istmo mexicano de Tehuantepec, derramándose después desde el Estado de Oaxaca hasta perderse en las tendidas

planicies de Chihuahua y Nuevo México, sin conservar por allí más que una cordillera, que penetra como un torrente por las llanuras de los Estados Unidos del Norte.

En la parte de Nueva España ó de México, los Andes no atraviesan sobre llanuras; es la montaña misma unida y compacta como surgiendo entre los dos mares, la que ocupa todo el territorio de la una á la otra playa, dejando apenas estrecha faja de planicie que declina insensiblemente hacia la mar por el lado del oriente é inapreciable cornisa de costas planas por el sur y por el occidente. Haciendo abstracción por un momento de las aguas de los mares, la parte del continente que forma la República de México es una inmensa montaña abrupta, cortada á pico, inaccesible casi por el sur y el oeste y de suave pendiente que va hundiéndose gradualmente en el abismo por el rumbo del este; de aquí la escasez de buenos puertos en el seno mexicano y la gran distancia de la costa á que tienen necesidad de anclar los buques; de aquí también la multitud de seguros puertos y de tranquilas ensenadas en el Pacífico, y la facilidad con que las grandes naves pueden pasar muy cerca de las playas. En las costas del Golfo, anchas zonas de arena y elevados médanos denuncian la forma de la costa tendida y la poca profundidad del mar; en las del Pacífico apenas se dibujan en algunas partes estrechísimas cintas de arenales, se encuentran rara vez médanos y la espuma de las olas llega hasta bañar los troncos de los árboles seculares y las tupidas malezas con que la exuberante vegetación de los trópicos reviste las en otras partes áridas y tristes playas del mar.

Seguramente la conformación de las costas del Pacífico está probando algún profundo desgarramiento del continente por aquel lado de la gran cordillera de los Andes, en una revolución no conservada por la historia ni encontrada aún por la ciencia, pero que, lenta ó repentina, abrió aquel abismo á las aguas del Océano, é influyó, en virtud de las leyes de atracción y del equilibrio, en la inclinación del eje de la tierra sobre el plano de su órbita.

Todo el territorio, pues, de la República Mexicana, es una elevada montaña cuyo centro forman ahora grandes llanuras divididas entre sí por cordilleras más elevadas que atraviesan por ellas, constituyendo esa sucesión no interrumpida de montañas que se levantan sobre la montaña misma, entre las cuales se distinguen el Citlaltépetl ó Pico de Orizaba, que se eleva á 5,295 metros sobre el nivel del mar; el Popocatepetl con una elevación de 5,425 metros y el Ixtacihuatl á 4,910 ¹, y que forman dos grandes cadenas que, naciendo unidas en Oaxaca, van separándose para seguir la una las costas del Golfo por el norte de Veracruz, de Puebla, de Querétaro y de San Luis, hasta dar cerca de Tamaulipas una vuelta, para unirse por Jalisco con la otra cadena que costeano el Pacífico viene por los hoy Estados de Oaxaca, Guerrero y Michoacán.

La altitud de los valles de Puebla, de México, de San Juan del Río, de Leon y hasta los de la Nueva Vizcaya ó Durango ², indican que esas llanuras son mesetas de elevadas montañas formadas sin duda en el transcurso de millares de siglos sobre profundísimos valles ó pavorosas cañadas que los levantamientos de la costa terrestre, las lavas lanzadas de los incontables volcanes extinguidos que se encuentran en esas cordi-

¹ Altitud de las principales montañas sobre el nivel del mar, según García Cubas, en su *Cuadro estadístico y descriptivo de la República Mexicana*, obra en publicación.

Popocatepetl.	5425 metros
Citlaltépetl ó Pico de Orizaba.	5295 »
Ixtacihuatl.	4910 »
Xinantecatl ó Nevado de Toluca.	4578 »
Nauhcampatepetl ó Cofre de Perote	4089 »
Matlacueyat ó Malintzi.	4107 »
Ajusco.	4153 »
Zempoaltepec.	3396 »
Pico de Quinceo.	3324 »
Nevado de Colima.	4378 »
Volcán de Colima.	3884 »
Volcán de Ceboruco.	1525 »
Pico de Taniátaro.	3860 »
Cerro Patambán.	3750 »

² La altitud de los principales valles sobre el nivel del mar es la siguiente, según García Cubas, obra citada.

Valle de Toluca	2580 metros
Valle de Ixtlahuaca.	2527 »
Valle México al este.	2270 »
Campiñas de Puebla.	2000 á 2150 »
Valle de Orizaba (Veracruz).	1927 »
Morelia (Michoacán).	1950 »
Pátzcuaro (Michoacán).	2190 »
Llanos del Cazadero (Hidalgo).	2300 »
Cuencamé (Durango).	1740 »
Vegas del Nazas (Durango).	1100 »
Guadalajara (Jalisco).	1523 »

lleras, y el incesante acarreo que torrenciales lluvias fueron poco á poco depositando allí, convirtieron en tendidos y cultivables llanos en donde hoy se levantan populosas ciudades y cruzan sin dificultad las locomotoras de los ferrocarriles. En cualquier forma que en esas llanuras aparezcan las montañas, ya dividiendo entre sí los valles, ya como estribos de algunas de las cordilleras, ya alzándose aisladas en medio de una planicie, es indudable que sólo su parte más elevada ha quedado descubierta y no arranca la montaña de la llanura, sino que su base y una gran parte de sus flancos se encuentran sepultados bajo una nueva y quizá muy reciente formación; pero por más solitaria que se vea una cima, está unida por su base al resto de las cordilleras y forma parte de ella.

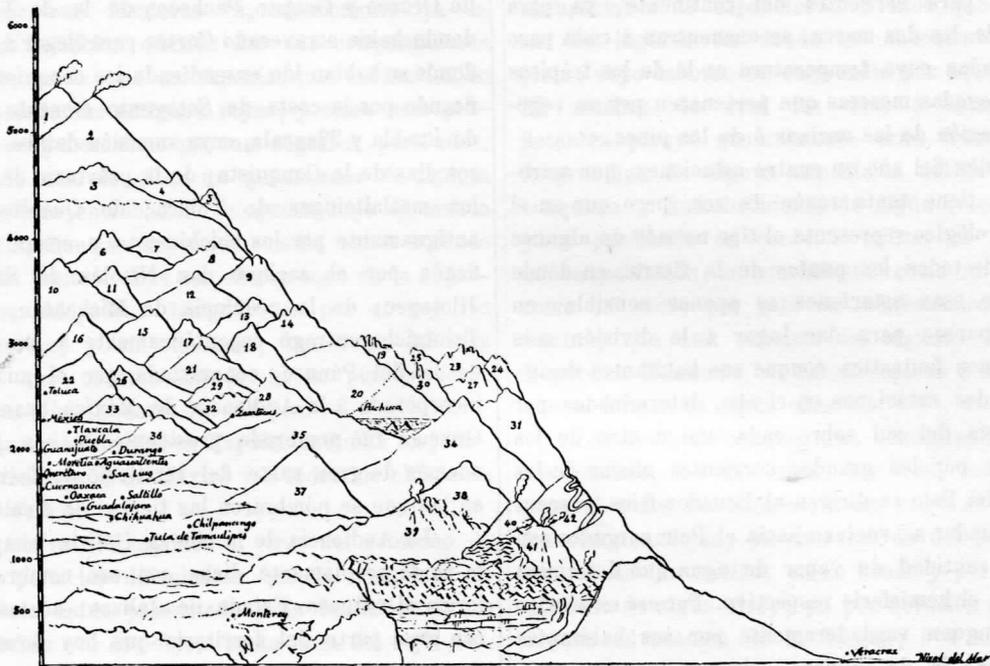
Pocos ríos importantes y casi ninguno navegable en su totalidad riegan el territorio de México; esta escasez de aguas debe atribuirse principalmente á la gran altitud de aquella parte del continente, porque la espantosa rapidez de la evaporación impide la abundancia de los depósitos, resultados de las filtraciones del terreno, y hace perder á las pequeñas venas tributarias que deberían formar los grandes ríos, una considerable parte de su caudal. Además, la rapidez de las pendientes dispersa las aguas que descienden de las montañas y que, aun cuando se reunan en caudal suficiente para formar una vía fluvial, por las multiplicadas rápidas son impropios para la navegación; agrégase á esto que en las grandes cordilleras, al sureste, hay multitud de pequeños valles completamente cerrados. Las aguas que allí se depositan no tienen salida para ninguna de las vertientes y se precipitan en el seno de la tierra por insondables pozos de tres á cuatro metros de diámetro semejantes á los tiros de las minas. Los principales ríos de que hasta 1599 tenían conocimiento los conquistadores eran: el Grijalva, en Tabasco; el de Alvarado, en Veracruz; el Pánuco, en la provincia de aquel nombre; el Bravo, entre la Tamaulipa y el Nuevo México, que había atravesado Oñate en su reciente expedición; el Nazas y el Conchos, en la Nueva Vizcaya y Nueva Galicia; el Yaqui y el Mayo en Sinaloa, en la parte de aquel territorio sujeta á la Nueva Vizcaya; el Río Grande ó de Tololoatlán, que había atravesado Nuño de Guzmán en su conquista de la Nueva Galicia y cerca del cual se había fundado la ciudad de Guadalajara, y el río de Zacatula, descubierto por Alvarez Chico, que fué á construir los primeros navíos conque intentó Cortés el descubrimiento de las islas del mar Pacífico. Pero el origen y curso de estos ríos era en lo general ignorado de los conquistadores, y muchas veces les aconteció tomar dos de ellos por uno mismo ó creer que eran diversos cuando era uno mismo el que habían encontrado en distintos lugares.

Fórmase entre las montañas multitud de cañadas, que principalmente cerca de las costas tienen una elevada temperatura y admiran por su fertilidad; alcan-

zan alguna grande anchura y en su fondo se deslizan arroyos, torrentes ó ríos, que aunque poco caudalosos, la mayor parte de ellos son, sin embargo, suficientes para regar floridas y encantadoras vegas.

La constitución de los valles, que van escalonándose desde el muy elevado de Toluca hasta los de la Nueva Vizcaya, que se unen á las inmensas planicies de Chihuahua, hace muy natural la formación de lagos, algunos de los cuales han desaparecido; pero quedando aún como principales los que ocupan el valle de México, el de

Lerma, cerca de Toluca, muchos en los Estados de Michoacán y Veracruz, los que existen en los Estados del Norte, y sobre todo el de Chapala, cuyas dimensiones indujeron á varios geógrafos antiguos á considerarlo como un mar interior llamándole muchos de ellos el mar Chapálico. En las costas, sobre todo en la del Pacífico, grandes lagos se encadenan unos con otros dejando una estrecha faja de tierra entre sus márgenes y las orillas del mar. Estos lagos, algunas veces muy profundos, tienen entre los habitantes de las costas el



Plano comparativo de las mayores alturas de México, tomado del *Album pintoresco* del señor García Cubas, obra en publicación (Con consentimiento del autor).

- 1 Popocatepetl (México).—2. Citlaltépetl ó Pico de Orizaba (Veracruz).—3. Ixtacihuatl (México).—4. Nevado de Toluca (México).—5. Nevado de Colima (Jalisco).—6. Malintzi (Tlaxcala).—7. Cofre de Perote (Veracruz).—8. Ajusco (Distrito).—9. Pico de Tancitaro (Michoacán).—10. Volcán de Colima (Jalisco).—11. Patamban (Michoacán).—12. Telapón (México).—13. Pinal de Nayarit (Jalisco).—14. Zempoaltepec (Oaxaca).—15. Navajas (Sierra de Pachuca).—16. Pico de Quinceo (Michoacán).—17. San Felipe de Agua (Oaxaca).—18. Gigante (Guanajuato).—19. Ventanas del Chico en la Sierra de Pachuca.—20. Cerro Gordo y Pirámides de Teotihuacán.—21. Zumate (Sierra de Pachuca).—22. Cerro Prieto Chihuahua.—23. Los Pitos (Hidalgo).—24. Tecajete (Hidalgo).—25. Santa Clara (Pachuca).—26. Bufa de Mascota (Jalisco).—27. Bufa de Bolaños (Jalisco).—28. Veta Grande (Zacatecas).—29. Catorce (San Luis).—30. Organos de Actopan (Hidalgo).—31. Sierra de Marones (Zacatecas).—32. Sombrerete (Zacatecas).—33. Sierra de Mazapil.—34. Cumbre de Jesús María (Chihuahua).—35. Sierra Candela (Durango).—36. Cerro del Mercado (Durango).—37. Cempoala (Puebla).—38. Cerro de Indé (Durango).—39. Volcán de Ceberuco (Jalisco).—40. Volcán de Tuxtla (Veracruz).—41. Volcán de Jorullo (Michoacán).—42. Cumbres de Acultzingo (Veracruz).

nombre de esteros y se prestan para tener por ellos con poco trabajo un fácil y seguro medio de comunicación para aquellos lugares.

A pesar de que la mayor parte del territorio de México está comprendida en la zona tórrida, la altitud de las montañas que forman el país produce grandes variaciones en su clima, pudiéndose encontrar en el transcurso de muy pocas leguas la inmensa variedad de temperaturas que se registran desde las ardientes riberas del Mescala hasta las perpétuas nieves del Popocatepetl y del Ixtacihuatl. Reina en las costas la temperatura tropical y á medida que se va gravitando á la mesa central y á las grandes llanuras que se escalonan desde el Valle de Puebla hasta los del Estado de Guanajuato, va descen-

diendo la columna termométrica en relación constante con la columna del barómetro. No quiere decir esto que la ascensión sea gradual y uniforme; por el contrario, forman las montañas y los valles repentinos y rápidos escalones que, al paso que dificultan la apertura de las vías de comunicación, producen bruscos cambios en la temperatura, y esto con tal irregularidad, que partiendo de México al sur se pueden caminar apenas diez y ocho leguas sin encontrarse con la vegetación tropical, al paso que por el oriente, por el oeste y sobre todo por el norte, se recorren grandes distancias sin llegar á salir de la zona templada. Los habitantes de esta parte del continente dividen siempre el territorio al hablar de él ó describirlo en tierras calientes y tierras frías, porque

hay una línea por el lado del sur, que aunque extremadamente irregular, viene desde Oaxaca hasta Jalisco, marcando la división entre la zona templada y la caliente con tal precisión y exactitud, que en los campos y huertos de las poblaciones por donde ella pasa, á un metro de distancia, produce sus frutos sazonados el plátano, crece la caña de azúcar y maciza sus espigas el trigo y la cebada, sin que pueda nunca hacerse franquear aquella línea á plantas y árboles de diversas zonas que se cultivan las unas al lado de las otras.

En todas las vertientes de las montañas que descienden, ya para el centro del continente, ya para cualquiera de los dos mares, se encuentran á cada paso valles y cañadas cuya temperatura es la de los trópicos al lado de elevadas mesetas que pertenecen por su vegetación á la región de las encinas ó de los pinos.

La división del año en cuatro estaciones, que astronómicamente tiene tanta razón de ser, pero que en el orden meteorológico representa el tipo no más de algunos países y no de todos los puntos de la tierra, en donde el cambio de esas estaciones es apenas sensible, en México desaparece para dar lugar á la división más natural y menos fantástica conque sus habitantes designan dos grandes estaciones en el año, determinadas por la permanencia del sol sobre cada uno ú otro de los hemisferios y por las grandes corrientes alisias de los vientos que del Polo se dirigen al Ecuador fríos y secos ó que del Ecuador se vuelven hacia el Polo cargados con esa inmensa cantidad de vapor de agua que determina las lluvias en el hemisferio respectivo. Por eso en México sólo se distinguen verdaderamente por sus habitantes dos estaciones: la de lluvias ó tiempo de aguas y la que no es de lluvias ó tiempo de secas. Apenas en algunas elevadas montañas ó en llanuras, cuya altitud sobre el nivel del mar es muy notable, suele apreciarse el invierno por algunas nevadas, y si en el Valle de México, en el de Puebla y algunos otros se presenta el fenómeno de las heladas en los últimos y en los primeros meses del año, débese más bien que á lo extremo del clima á la constante pureza y serenidad de su cielo, que ayudado por el enrarecimiento del aire á tan gran altura facilita la irradiación rapidísima del calor de la tierra.

Debido á esto la temperatura de la mayor parte de los pueblos y ciudades establecidos en las grandes mesas que encierran en sus baluartes las cordilleras que se extienden sobre las playas de ambos mares, ofrecen repentinos y bruscos cambios, que raras veces se observan en lugares situados á poca altura sobre el nivel del mar. Las oscilaciones del termómetro durante el día son notables, y sin embargo, cuando el sol está sobre el horizonte apenas llega como máximo á 22° del centígrado y al 8° como mínimo; durante las noches y al aire libre puede darse caso de que descienda la temperatura dos ó tres grados bajo 0; pero nunca tal se observa dentro de las habitaciones, por más que sea desconocido el uso

de las chimeneas ó cualquiera otro sistema de calefacción.

Comprendía el vireinato de la Nueva España establecido en aquel territorio dos Audiencias, la de México y la de Nueva Galicia; la Audiencia de México se formaba de la provincia de Yucatán, conquistada por el hijo y el sobrino del adelantado Montejo, á la que estaba unida parte de Tabasco; de la provincia de Chiapas, pacificada verdaderamente por el capitán Diego de Mazarriegos; de la de Oaxaca, en donde habían entrado como principales conquistadores Pedro de Alvarado, Francisco de Orozco y Gaspar Pacheco; de la de Veracruz, por donde había atravesado Cortés para llegar á México y en donde se habían ido extendiendo los conquistadores, pacificando por la costa de Sotavento Gonzalo de Sandoval; de Puebla y Tlaxcala, cuya sumisión databa de los primeros días de la Conquista; de la provincia de México y de los matlaltcingas de Toluca; de Querétaro, ocupada antiguamente por los chichimecas y conquistada y pacificada por el cacique don Nicolás de San Luis, de Jilotepec; de la provincia de Michoacán, que su rey Tzintzicha entregó espontáneamente á los españoles, y de la del Pánuco, conquistada por el mismo Cortés é incorporada á la Audiencia de México cuando Nuño de Guzmán fué nombrado presidente de esa Audiencia, y además de gran parte del territorio de Colima y Jalisco en las que se nombraron las tierras de Avalós.

La Audiencia de la Nueva Galicia comprendía toda la parte propiamente dicha con ese nombre y que hoy forma el extenso Estado de Jalisco; además Zacatecas con gran parte del territorio que hoy forma Estado de ese nombre, una parte del de Durango y lo que después se ha llamado Estado de Aguascalientes ¹.

El gobierno de la Nueva Vizcaya, sujeto directamente al virey, ocupaba desde la villa de Nombre de Dios hasta las tierras desconocidas, que estaban del otro lado del Conchós, y por el occidente á Culiacán y al territorio que se extendía entre los ríos Mayo y Yaqui. Las conquistas de Oñate más allá del río Bravo del Norte no eran conocidas en México al terminar el siglo xvi, y en el año de 1600 apenas se habían recibido noticias de aquel adelantado.

Sujetos estaban también al virey de la Nueva España y á la Audiencia de México el gobierno y el despacho de los negocios judiciales de las islas Filipinas

¹ Había en la Nueva Galicia una provincia cuyo nombre se ha perdido completamente: llamábase Martinmonje por un encomendero español que tuvo allí un repartimiento, y comprendía el pueblo de Tecolútle y otros quince comarcas. Dice la *Relación de las cosas que sucedieron al padre fray Antonio Ponce*, lo siguiente: «Cerca de uno de aquellos pueblos hay una columna antiquísima de piedra, tendida en el suelo, hecha muchas piezas, y estas muy esparcidas y sembradas por la tierra. Es aquella columna labrada en redondo y según parece por los pedazos que de ella se ven, fué altísima, de más de mil pies; pedazo hay agora que tiene ochenta, otros á veinte, y otros á menos, y dicen los indios viejos que estaba antiguamente aquella columna levantada en pié, sentada sobre un cerro, y que sobre ella, en lo alto, se ponía por arte é industria del demonio el sacerdote de los ídolos y desde allí predicaba á los indios.»

y como parte de la Nueva España las consideran los escritores de aquellos tiempos.

Como división religiosa, el arzobispo de México tenía como sufragáneos en la Nueva España á los obispos de Tlaxcala, Oaxaca, Michoacán, Nueva Galicia, Chiapas y Yucatán, y fuera de ella á los de Guatemala, Vera Paz y las Islas Filipinas.

Pero esas divisiones política y eclesiástica eran casi nominales, porque los límites entre los territorios de las Audiencias de México y Nueva Galicia no estaban realmente definidos; en cuanto á las provincias seguía para designar sus fronteras caprichosamente ya la extensión que le habían querido dar sus conquistadores ó pobladores, ya la que se suponía que habían tenido en los tiempos de sus antiguos reyes; y como esas provincias no se gobernaban por un régimen particular, teniendo cada una de ellas un gobernador ó capitán general, sino que entraban en conjunto bajo el mando del virey y Audiencia respectiva, nadie había cuidado de marcar los límites. Más empeño se tuvo en la repartición de los obispados: designáronse por el rey las líneas divisorias, y sin embargo, tan vaga fué esa designación que constantemente había pleitos sobre límites de las diócesis entre los obispos.

La Inquisición de Nueva España extendía su jurisdicción al arzobispado de México y á todos los obispados sufragáneos de éste.

Encargado estuvo también el virey del gobierno de la Florida; pero las dificultades que la conquista de aquel territorio había presentado y la inutilidad de los esfuerzos hechos con ese objeto hasta fines del siglo xvi, volvieron inútil aquel encargo.

Confinaba la Nueva España con Guatemala por Chiapas y Yucatán, teniendo todavía el año 1600 delante de sus fronteras, al norte y al occidente, territorios inexplorados y desconocidos; la península de California, descubierta y visitada ya varias veces por los españoles, había sido abandonada, ignorándose aún si era una isla ó una península, y dentro del país mismo ocupado por los conquistadores, había tierras y tribus no conquistadas ni aliadas, como los tepehuanes y taramares en Chihuahua y Durango, por el norte, y cerca del Pánuco la provincia que se llamó después el Nuevo Santander.

Los centros de población se dividían en ciudades y villas españolas y pueblos y congregaciones de indios, y parece que sólo una población de naturales del país alcanzó el título de ciudad por los grandes servicios que sus vecinos habían prestado á Cortés en la conquista de México, y fué Tlaxcala, porque aun cuando Texcoco tuvo también el título de ciudad debiólo, como otros muchos pueblos, á que gran número de españoles se acercaron allí. En los primeros años después de la Conquista exigíase por las leyes que los encomenderos viviesen en los pueblos de sus repartimientos; pero después, por los muchos abusos á que esto se prestaba,

ordenóse que ni los encomenderos ni sus criados mestizos ó mulatos ni los negros esclavos ó libres viviesen entre los indios, y con esto y las disposiciones del virey Mendoza para que los alcaldes de los pueblos de indios fuesen escogidos entre los naturales, quedó ya establecida una separación completa entre las villas españolas y los pueblos de indios, aun cuando en las primeras hubiese muchos naturales al servicio de los vecinos.

Durante el siglo xvi fundáronse muchas villas españolas de las cuales algunas tuvieron su origen en los reales de minas. Llamábanse reales las pequeñas agrupaciones de españoles ó criollos que se formaban en los lugares en donde se encontraban minas de plata, cuyo laboreo se emprendía por aquellos hombres. El nombre de real les vino á estas poblaciones flotantes porque generalmente eran fracciones que se desprendían de alguna expedición militar que iba á la conquista y descubrimiento de algún reino ó provincia, y no perdiendo su carácter militar el asiento de la nueva población, se consideraba como un campamento, como un *real*; por esto se fué estableciendo la costumbre, que aun subsiste en algunos Estados de la República Mexicana, de llamar *reales* á las poblaciones que se forman en algún mineral.

Los nombres con que eran conocidas las provincias, los pueblos, las montañas, los ríos, los lagos, y en general todos los lugares, unas veces se imponían por los conquistadores, ya en recuerdo del pueblo ó ciudad en que habían nacido, ya en honor y por consideración al título de algún virey, ya por devoción á algún santo, alguna advocación de la Virgen, ó á alguna fiesta ó solemnidad de la Iglesia. Cortés llamó á sus conquistadas la Nueva España, nombre que aprobó el emperador y que subsistió mientras la colonia no conquistó su independencia; Nuño de Guzmán, por recuerdo á su patria, llamó Nueva Galicia al reino que conquistó, y Compostela á su capital; llamóse la villa del Espíritu Santo la que fundó Gonzalo de Sandoval en las márgenes del Coatzacoalcos, por haber llegado el ejército allí en la Pascua del Espíritu Santo; y dióse el nombre de Monterey á una villa fundada en el nuevo reino de Leon, en honor del virey conde de Monterey, que en aquella sazón gobernaba la Nueva España. Los religiosos de las órdenes monásticas que desempeñaban las funciones de curas de almas ó que andaban en misiones, y los clérigos que ocuparon después los curatos, fueron poniendo á los pueblos de indios el nombre de algún santo á quien por patrón se elegía para aquel pueblo; así todos los pueblos tuvieron en lo sucesivo dos nombres, el primitivo, en el idioma del país, y el del santo que le habían dado los religiosos ó clérigos. La costumbre hizo que en lo sucesivo hubiera pueblos que se conocieran por uno, por otro, ó por los dos nombres.

Muchos nombres dados por los antiguos habitantes

á lugares ó pueblos, se conservaron y se conservan, aunque algunos verdaderamente desfigurados y corrompidos, y cada uno de estos nombres tiene una significación, según el idioma que se hablaba antiguamente en aquella provincia; así en Yucatán *Bacalar* es una adulteración de la palabra maya *Bak-halal*, cercado de caña; *Concal*, en el mismo idioma, bejucal ó mimbrera; *Cozumel*, adulteración de *cuzamil*, golondrinas. En la parte del imperio mexicano, *Tlaxcala*, de *tlaxcalli*, pan de maíz, llamado tortilla en Nueva España, y la posposición *tlan*, lugar; *Popocatepetl*, montaña humeante, de *popoca*, humear, y *tepetl*, montaña; *Ixtacihuatl*, mujer blanca, de *ixta*, blanco ó sal, y *chihuatl* mujer; *Oaxaca*, corrupción de *Huaxyacac*, principio de los guajes, árbol muy abundante allí; *Tacubaya* corrupción de *atlauhtlacoayatl*, lugar en donde da vuelta ó tuerce el agua de la barranca, de *atlauhtli*, barranca, *a*, radical de agua, *coloa*, torcer, y *yan*, terminación de lugar. En *Oaxaca* por ejemplo *Yucuquimi*, significa en mixteco cerro de la estrella, de *yucú*, cerro, y *quimi*, estrella; *Nicananduta*, en el mismo idioma salto de agua, de *nicanañ*, salto, y *duta*, agua; *Guelatao*, palabra zapoteca, laguna encantada, de *quiela*, laguna, y *tao*, encanto; *Nizaviguiti*, en el mismo idioma, agua de la paloma, de *niza*, agua, y *viguiti*, paloma. En la lengua de la tierra de los tarascos *Guanajuato*, corrupción de *Cuanaguata*, cerro de la rana, ó *cuanecuate*, muchos cerros; *Querétaro*, corrupción también de las palabras del tarasco, *queri*, grande, y *taro*, lugar poblado. *Apaseo* corrupción de *apat-zecua*, rosa amarilla.

Las ciudades españolas fundadas en la colonia hasta el fin del siglo xvi eran las que se consideraron como capitales ó cabezas de las provincias: Mérida en Yucatán, fundada por los jóvenes Montejo; Ciudad Real en Chiapas por el capitán Mazariegos; Antequera, (hoy Oaxaca), que había crecido á pesar de los esfuerzos que Cortés, sus administradores y los indios tributarios del marquesado del Valle habían hecho para impedirlo. Quisieron los españoles fundar en Zempoala, cerca de Veracruz, una ciudad á la que llamaron Nueva Sevilla; pero no llegó á tener importancia y muy pronto dejó de hablarse de ella, perdiendo hasta el nombre de Nueva Sevilla. Puebla, española desde sus principios, creció rápidamente por su agricultura y su industria, por ser un lugar en que se detenían los viajeros, los comerciantes y hasta la carga que iba ó venía del puerto de Veracruz á la capital de la colonia; además, la traslación de la silla episcopal de Tlaxcala á Puebla dió mayor importancia á esta ciudad, que desde los primeros días de su fundación, sin embargo de los informes que en contrario se enviaron al monarca español, dió señales de la gran prosperidad á que debía llegar un siglo después.

La capital de la provincia de Michoacán encontraronla los conquistadores en Tzintzúntzan; allí estableció el obispado el obispo don Vasco de Quiroga; trasladó después su silla á Pátzcuaro, y en 1580 se pasaron definitivamente la capital y la silla apostólica á Valladolid, villa fundada en el Valle de Guayangareo, durante el gobierno de don Antonio de Mendoza. Esa traslación se hizo por instancia del obispo de Michoacán don fray Juan de Medina Rincón, que aprovechó la bula del Papa y la licencia del rey obtenidas por su antecesor, el obispo don Antonio Morales, que fué el primero que intentó aquel cambio. No sin grandes dificultades consiguió el obispo de Michoacán arrancar de Pátzcuaro, población grande é importante, la catedral para trasladarla á Valladolid, lugar entonces tan poco poblado, que contaba apenas, según dice el padre Alegre en su *Historia de la Compañía de Jesús*, con ocho ó diez casas, un convento de agustinos y otro de franciscanos. En 1593 llegaron allí á establecerse los carmelitas, y á fin del siglo xvi era ya, sino una gran ciudad, sí de bastante importancia por el número de sus habitantes y por los edificios que se habían levantado. Los vecinos de Pátzcuaro y los indios tarascos, que en esa ciudad y en los alrededores vivían, vieron con gran disgusto la traslación de la catedral; á duras penas pudo impedirse un tumulto; pero cuando quiso exhumarse de la iglesia de los jesuitas, en donde estaba sepultado, el cadáver del obispo Quiroga, para llevarlo á la nueva catedral de Valladolid, armáronse los indios, levantándose en guerra para impedirlo, y preciso fué que el cabildo eclesiástico cesase en el empeño de exhumar los restos del primer obispo, para que los indios abandonasen su actitud hostil. Pátzcuaro conservó también en Michoacán el título y las consideraciones de ciudad.

Tuvo la Nueva Galicia en un principio por capital á la ciudad de Compostela, fundada por Nuño de Guzmán. Allí se establecieron el obispado y la primera Audiencia; pero como ni á los oidores, ni al obispo Maraver les agradaba el asiento de aquella capital, empeñáronse en que se trasladase á Guadalajara, villa que, después de haber cambiado tres veces el asiento, se había establecido en el lugar que hoy ocupa y florecía rápidamente. Consiguieron primero con el rey su intento los de la Audiencia y establecióse en Guadalajara, no trasladándose la silla episcopal sino hasta algunos años después, cuando había muerto ya el obispo Maraver, y el año de 1600 Guadalajara era sin duda, por el número de habitantes, por la grandeza de sus edificios, por los conventos y fundaciones piadosas, la segunda ciudad de Nueva España.

La riqueza de sus minerales había traído á la ciudad de Zacatecas, dependiente de la Audiencia de Nueva Galicia, un crecido número de vecinos; el empeño de los

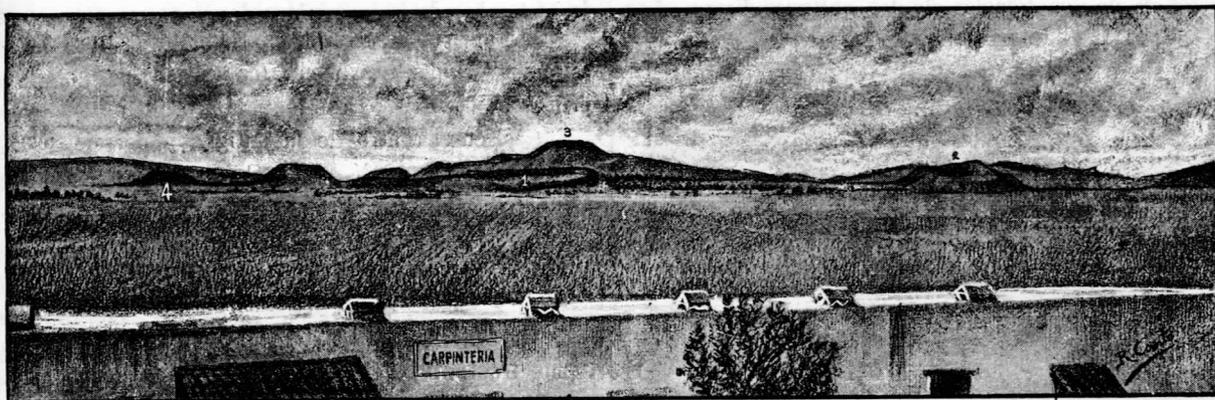
vireyes para dar seguridad á los caminos que conducían de esa ciudad á México, y la sumisión de los chichimecas, facilitando el tránsito, contribuyeron al desarrollo del comercio é hicieron de Zacatecas un importantísimo centro de población.

Las conquistas de Diego de Ibarra, que recibieron el nombre de Nueva Vizcaya, tuvieron por capital á la ciudad de Durango ó Guadiana, que á fines del siglo xvi tenía ya una considerable población.

La ciudad de Veracruz se había trasladado al terminar el siglo al lugar en que hoy se encuentra, y en el reino de Nuevo México el adelantado Oñate formaba los cimientos de una ciudad que con el nombre de San Francisco pretendía fundar como capital de aquellas apartadas provincias.

Las villas españolas se habían multiplicado, aunque algunas, como Río Florido en la Nueva Vizcaya, tenían apenas ocho ó diez vecinos españoles y algunos cuantos criollos ó mestizos; pero cada una de ellas bastaba, á pesar de su corta población europea, para tener pacífica la tierra en un extenso radio en derredor de la población.

El valle en donde está fundada la ciudad de México, fué sin duda vaso profundo de un gran lago que bañaba con sus aguas la falda de las montañas que le circundan y le encierran; el fondo de ese lago, completamente accidentado, estaba lleno de montañas y crestones más ó menos elevados que ya formaban bajos, ya aparecían en la superficie, ya se levantaban sobre ella á gran altura. Todas esas pequeñas montañas que hoy descuellan aisladas en la llanura, estuvieron enteramente



Cordillera de Santa Catarina, aislada, y al sur del Valle de México

1. Cerro de Xico.—2. Caldera de San Isidro.—3. Cordillera de Santa Catarina.—4. Cerro de San Nicolás
(Copia del natural)

rodeadas de agua, presentando el aspecto del extinguido volcán de Xico que se alza hoy como una isla en la laguna de Chalco. El azolve rapidísimo de esos lagos y el decrecimiento de los vasos es un proceso atestiguado no sólo históricamente sino que cada generación ha podido observar en el corto espacio de la vida de un hombre, grandes cambios, ya en la extensión de la superficie de los lagos, ya en la profundidad del fondo de ellos.

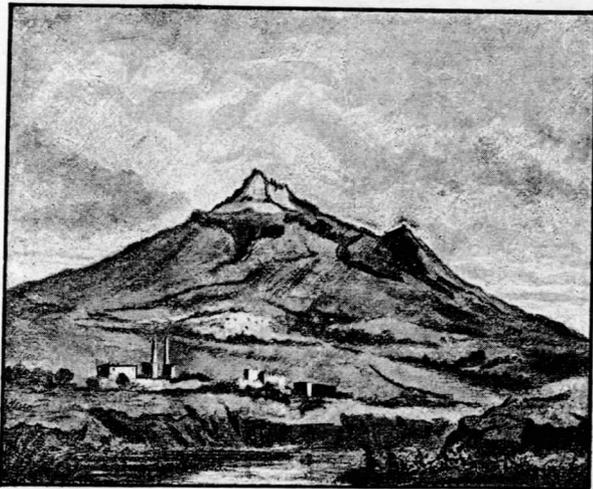
Precipitaron la transformación las erupciones volcánicas, algunas de las cuales son de épocas tan recientes que bajo las capas de lava en las faldas del Ajusco y en las orillas meridionales de la laguna de Chalco, se han encontrado ruinas de habitaciones y restos de vasijas y utensilios enteramente iguales á los que usaban los naturales del país en la época de la Conquista y aun á los que usan hoy mismo en la vida doméstica.

Toda la parte sur del Valle está llena de volcanes extinguidos, ya aislados, ya formando parte de la cordillera, y no hay punto por ese rumbo en que se fije la mirada donde no se descubran una ó varias de esas montañas, que presentan la forma de conos truncados y

una inmensa boca en la cima en forma de cono inverso, cuyo fondo, azolvado ya, tiene en algunos tal extensión superficial que sirve de tierra de labor. Todas estas bocas, en lo general, se inclinan al oriente y están á tan diversas alturas que pueden encontrarse entre ellas unas en la región de las nieves perpétuas, como la crátera del Popocatepetl, y otras levantándose apenas del nivel de la tierra, á semejanza de un circo gigantesco, como en el cerro que forma la isla de Xico, en la laguna de Chalco.

Como la historia y la tradición habían olvidado las habitaciones y pueblos lacustres de Europa en el período neolítico de la humanidad, y las investigaciones científicas no habían extraído del fondo de los lagos de Suiza ninguno de esos restos de la primitiva civilización humana que denuncian aquel período prehistórico, los españoles que llegaron á México admiráronse de encontrar una ciudad levantada entre las aguas, teniéndola como una cosa extraña y nueva, y pudiendo apenas compararla con Venecia levantada sobre pequeñas islas. Cortés creyó que el asiento de la ciudad en el lago se prestaba más á la defensa de los pobladores en el caso

de una sublevación de los naturales del país; los otros capitanes que le acompañaron en la toma de México eran de distinta opinión, fundándose en que los caballos, que eran el arma que daba la preponderancia á los conquistadores, no podían aprovecharse sobre los conquistados dentro de la ciudad por los muchos canales, y que los indios con sus canoas fácilmente bloquearían la ciudad impidiendo la entrada en ella de toda clase de víveres. Graves discusiones hubo sobre esto en Coyoacán, adonde se retiró el ejército español después de la toma de México; pero Cortés se obstinó en reedificar como ciudad española y capital del reino á la misma que lo había sido en tiempo de los reyes aztecas, pareciéndole que el prestigio de los conquistadores y de la religión cristiana sería más grande asentando sus templos y sus palacios sobre las ruinas de los palacios de los antiguos señores y de los templos de los antiguos dioses. Las



Malintzi

construcciones de los edificios en la nueva ciudad comenzaron inmediatamente, y esta resolución de Cortés se presentó por sus enemigos como un delito en el juicio de residencia que se formó al Conquistador por orden del emperador Carlos V.

Cortés comenzó la obra ordenando la reposición de los acueductos que conducían á la ciudad el agua potable, y los españoles que obtuvieron solares en la ciudad diéronse al trabajo de la construcción con un empeño casi increíble, bien que para esta contaban todos ellos con innumerables cuadrillas de indios que hacían venir de todos los pueblos conquistados ó aliados.

Compréndese cuál sería la actividad del trabajo, leyendo los párrafos de Motolinía en que se habla de esto en su *Historia de los indios de la Nueva España* ¹.

«La séptima plaga fué la edificación de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalem; porque era tanta la gente que andaba en las obras, que

apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras á unos tomaban las vigas, otros caían de alto, á otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio. Allí murieron muchos indios, y tardaron muchos años hasta los arrancar de cepa, de los cuales salió infinidad de piedra.

«Es la costumbre de esta tierra, no la mejor del mundo, porque los indios hacen las obras, y á su costa los materiales, y pagan los pedreros y carpinteros, y si ellos mismos no traen que comer, ayunan. Todos los materiales traen á cuestras; las vigas y piedras grandes traen arrastrando con sogas, y como les faltaba el ingenio y abundaba la gente, la piedra ó viga que había menester cien hombres, traíanla cuatrocientos, y tienen de costumbre de ir cantando y dando voces, y los cantos y voces apenas cesaban ni de noche ni de día, por el gran fervor que traían en la edificación del pueblo los primeros días.»

Casi en el centro de la antigua y derruida ciudad de Moteczuma, señalóse por Cortés un gran cuadrado dentro del cual debía formarse la ciudad española, y fuera de él avecindarse los antiguos habitantes, á quienes se previno y obligó á reconstruir allí sus casas. El espacio destinado para los españoles se llamó la *traza*, prohibiéndoseles construir habitaciones fuera de ella. Como frontera ó defensa de la *traza* había cuatro grandes acequias que señalaban el perímetro del cuadrado, de tal anchura, que para franquearla se construyeron puentes en todas las calles que á ella desembocaban, y muchas de las cuales conservaron, mucho tiempo después que la *traza* desapareció, y aun guardan hoy el nombre de puente antepuesto al de la calle, pudiéndose comprender la dirección de la *traza* sólo con recorrer en un plano de la ciudad moderna los nombres de esas calles excéntricas que llevan el nombre de puentes y que siguen la regular ordenación del cuadrado.

La parte española de la ciudad quedó atravesada casi en el centro por un gran canal ó acequia que llevaba la dirección de oriente á poniente y cruzaba por el costado sur del palacio de los vireyes y por el frente de la diputación, nombre con que ha sido designado el palacio municipal. Construyéronse puentes sobre este canal, que dan todavía sus nombres á muchas de las calles céntricas, como la calle del Puente del Correo Mayor, del Puente del Palacio, ó del Puente del Espíritu Santo.

En la distribución de los solares de la ciudad no tocó al rey porción alguna; adjudicáronse á Cortés los dos palacios de Moteczuma, y el monarca español tuvo necesidad de adquirir á título de compra uno de esos edificios para la instalación del vireinato, de la Audiencia y de las oficinas reales. Los primeros oidores, y aun el primer virey, ocuparon el palacio viejo de Moteczuma,

¹ Tratado I, capítulo I.

primera habitación que fué de Cortés; pero que no presentando las comodidades necesarias, ni pareciendo bastante digno para habitación del virey y despacho de la Audiencia, fué abandonado al ocuparse el palacio ó casas nuevas de Moteczuma, que el monarca español adquirió del heredero de Cortés, en cambio del palacio viejo que había tenido la Audiencia.

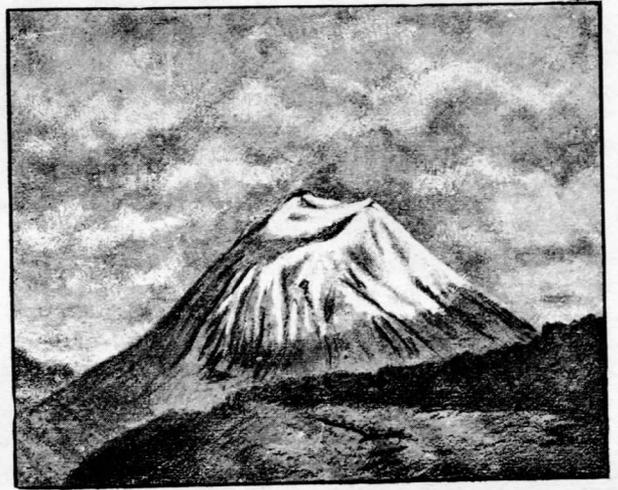
Grandes fueron las acusaciones que se hicieron en la corte contra Hernán Cortés por la construcción de las casas de algunos de sus amigos en México, pues se le culpaba de permitirles que en ellas pusiesen almenas, torres, baluartes y saeteras, dándoles el aspecto de una casa fuerte; pero los reyes hicieron poco caso de estas acusaciones ¹.

Muy pronto se comprendió que el peligro que veían los opositores á la reedificación de México en el sitio que hoy ocupa, por la dificultad de las maniobras de la caballería, iba desapareciendo con una rapidez que ninguno hubiera sido capaz de imaginarse. Con los escombros de los antiguos edificios cegáronse gran parte de los canales, y si quedaban algunas calles, que se llamaron de agua, en ellas el canal sólo ocupaba una parte dejando otra de tierra firme para el paso de los transeúntes á pié y de los jinetes. Con tanta rapidez se retiraban de la ciudad los lagos, principalmente el de Texcoco, y se levantaba el fondo de ellos, que ya en el gobierno del primer virey don Antonio de Mendoza, las atarazanas en que Cortés había depositado los bergantines eran enteramente inútiles, y para los bergantines mismos se habría encontrado con gran dificultad un lugar por donde poder hacerles caminar en el lago de Texcoco.

Al terminar el siglo xvi contaba ya la ciudad de México con más de tres mil vecinos españoles, según testigos presenciales ², teniendo además gran vecindad de indios, negros y mulatos.

México estaba constantemente expuesto á las inundaciones cada vez que la estación de lluvias era abundante y los vasos de los lagos no alcanzaban á contener la que en torrentes se desprendía de las vertientes de las montañas que cierran el Valle. Antes de la Conquista había sufrido mucho la antigua ciudad con esas inunda-

ciones: recordábase la primera en el año de 1446 reinando Moteczuma Ilhuicamina, quien recurrió al sabio Netzahualcóyotl pidiéndole consejo en aquella calamidad; y refería la tradición que el rey de Texcoco, auxiliado por los de México, Tacuba, Ixtapalapan, Colhuacán y Tenayuca, hizo construir un gran dique de piedra y madera, limitando las aguas saladas del lago de Texcoco. A éste atribuían los antiguos, y no les faltaba razón si el hecho fué cierto, que todas esas llanuras por donde ahora se derraman las aguas de Texcoco, llevando la esterilidad, estuvieron regadas por las aguas dulces del lago de Chalco, cubiertas de exuberante vegetación, y agregaban que el cerro llamado del Peñón Viejo, al oriente de la ciudad, y que ahora presenta un aspecto tan triste, fué después de la obra



Pico de Orizaba

ejecutada por Netzahualcóyotl una isla en las aguas de Chalco poblada de árboles y lugar de recreo. Todavía en el año de 1600 el Peñón Viejo, llamado comunmente el Peñón del Marqués, por haber sido uno de los dos que el emperador Carlos V cedió al primer marqués del Valle para sitio de recreación, era una isla á la que sólo podía llegarse por canoas.

La segunda inundación se verificó el año de 1498, bajo el reinado de Ahuizotl, aunque de esa inundación se refiere que fué causada por haber hecho abrir el emperador un venero que existía en los términos de Coyocacán y Churubusco, de donde brotó tal cantidad de agua que anegó la ciudad, aunque mucha parte debe tener esta historia de conseja. Hubo una tercera inundación en el reinado de Moteczuma II que causó también grandes pérdidas.

Después de reedificada la ciudad por los españoles, inundóse México el año de 1553; gobernando el virey don Luis de Velasco el primero, y púsose remedio á ese mal construyéndose una gran albarrada entre el oriente y el norte de la ciudad para impedir la invasión de las aguas de Texcoco, siguiendo en esto el ejemplo que

¹ No he creído necesario seguir paso á paso la historia de la formación de la ciudad de México, porque además de ser obra demasiado extensa es impropio de una historia general de Nueva España, y puede decirse generalmente que sólo presentaría interés para los vecinos de la ciudad de México que conocen detalladamente la localidad.

² La relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo comisario general de aquellas partes y que se contiene en los volúmenes 57 y 58 de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, es uno de los libros más curiosos é importantes que pueden consultarse para escribir y conocer el estado de la Nueva España á fines del sig'o xvi. De esa obra tomo los siguientes datos sobre la población española que tenían entonces algunas de las principales ciudades:

México más de 3,000 vecinos españoles.		
Patzcuaro.	40	»
Querétaro.	70	»
Guadalajara	100	»
Mérida	300	»

había dado Netzahualcóyotl. En 1580, gobernando el virey don Martín Enríquez, volvió á inundarse México, y entonces, reparándose las obras hidráulicas ejecutadas en tiempo de don Luis de Velasco, comenzó á pensarse seriamente en una obra que pusiese á la capital enteramente á cubierto de aquel peligro, aunque hasta terminar el siglo no se había llegado á adoptar definitivamente ninguno de los proyectos presentados.

Cuatro grandes lagos se contienen dentro de los límites del Valle de México, aunque algunos de ellos están divididos, tomando esas subdivisiones nombres diversos; son esos cuatro lagos, restos sin duda del gran lago que ocupaba todo el Valle, Zumpango, San Cristóbal, Texcoco y Chalco. El lago de Zumpango está más elevado que el de San Cristóbal y éste más que el de Texcoco, que á su turno está más bajo que el de Chalco ¹; de manera que á no impedirlo los diques y calzadas que se han construído con ese objeto, todas las aguas vendrían á confluír sobre Texcoco, cuyo vaso, cada día más incapaz para dar cabida á todas ellas, se desbordaría indefectiblemente sobre la ciudad de México, pues todos los lagos, á excepci3n del de Texcoco, están á notable altura sobre la ciudad, y este último apenas tiene con ella una pequeña diferencia de inferioridad en el nivel, pero que tiende á desaparecer por el incesante azolve del fondo del lago, debido al acarreo de los ríos que en él desaguan y á la rapidez de la evaporaci3n.

Desde fines del siglo xvi comenzó á preocupar al gobierno de la colonia, y ha seguido después siendo objeto de grandes proyectos y de no pequeños desembolsos en el gobierno de la República independiente, el proyecto de un desagüe que hiciera salir todas las aguas de los lagos, supuestos enemigos del progreso y de la salubridad de la capital. Afortunadamente para los habitantes del hermoso Valle de México, la Naturaleza ha presentado hasta hoy insuperables obstáculos á tan mal aconsejada empresa y demostrado que la sola obra del Tajo de Huehuetoca, ejecutado según el trazo del famoso Enrico Martínez, basta para librar á la ciudad de una inundaci3n, siendo las anegaciones parciales de las calles cuesti3n sola del arreglo del desagüe de la ciudad.

Procurábase antiguamente el desagüe del Valle sólo con el objeto de dar por él salida á las aguas de los lagos; búscase hoy, agregando á ese, el de conseguir el escurrimiento de las filtraciones de los lagos en el subsuelo de la ciudad, haciéndose el *drainage* ó desecaci3n artificial;

¹ La diferencia del nivel de los lagos con el de la ciudad de México es, según observaciones del ingeniero don Francisco de Garay, director de las obras del desagüe, la siguiente:

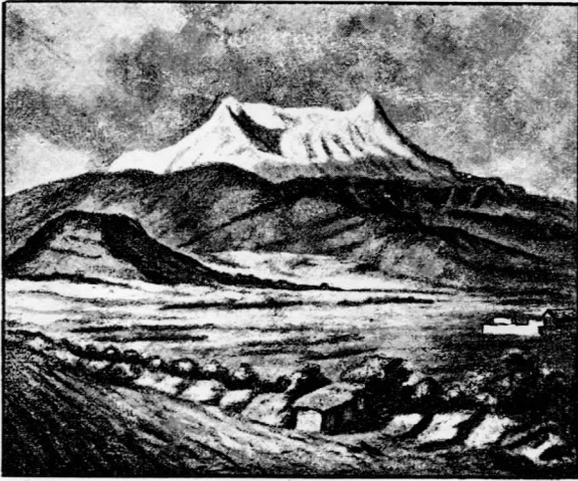
Los lagos de Chalco y de Xochimilco sobre la ciudad.	3'20	metros.
El lago de San Cristóbal	id.	id.
El de Xaltocan	id.	id.
El de Zumpango	id.	id.
La plaza de Armas sobre el lago de Texcoco.	2'00	
Del piso de la plaza hasta el fondo del lago en su mayor profundidad.	2'80	»

pero estos proyectos están concebidos sin el formal estudio del complejo problema meteorológico del Valle y sin atenci3n á las consecuencias que podría tener. El lago de Texcoco es de agua salada y el de Chalco de agua dulce, porque éste, alimentado más que por los ríos que vienen por la superficie de la tierra, por las abundantísimas filtraciones subterráneas del Popocatepetl y del Ixtacihuatl, recibe una contribuci3n que con mucho excede al gasto de su evaporaci3n, al paso que el de Texcoco, por su extensa superficie y con menores entradas que el de Chalco, está sujeto á una rapidísima evaporaci3n, tomando en cuenta su gran elevaci3n de 2,270 metros sobre el nivel del mar. La cantidad de sales depositadas en su fondo por el transcurso de tantos miles de años, hace imposible casi la vegetaci3n en sus orillas y extiende día á día su maléfico influjo sobre la ciudad de México llevando el cáncer del salitre, que como una lepra se apodera de los edificios y los destruye, al paso que esteriliza las huertas y los jardines; desecando ese lago, en vez de una fértil llanura, extenderíase desde las orillas de México un terreno triste é incapaz de cultivo; tal sucedería también con toda la parte desecada del lago de Chalco tan pronto como dejase de tener la continúa irrigaci3n de las aguas dulces que hoy las fertilizan. Todas las márgenes de la laguna de Chalco, que las aguas han ido dejando secas al retirarse, han producido fértiles cosechas durante los dos ó tres primeros años, quedando después pobres y estériles.

La misma evaporaci3n, con ser tan poderosa, contribuye á la fertilidad del Valle y produce ambiente apropiado para la vida animal; si desaparecieran esas extensas sábanas de agua, la evaporaci3n desaparecería también; las nieves perpétuas del Popocatepetl y el Ixtacihuatl, enfriando las capas de aire, harían bajar el grado de saturaci3n del aire; la vegetaci3n se haría imposible por las resequeidades del terreno; la vida animal se haría difícil por la falta de vapor de agua, y si hoy, existiendo esos lagos, en la estaci3n que no es de lluvias, tan grande es la sequedad de la atmósfera, que estallan hasta las maderas mejor preparadas, rompiéndose los muebles construídos con mayor cuidado, cuando esas fuentes de evaporaci3n faltasen las consecuencias deberían ser más graves.

Realmente la ciudad está construída sobre un inmenso pantano: á los dos metros de profundidad, cuando más, se encuentra en cualquier parte el agua muerta, el agua ambiente como le llaman algunos de los ingenieros de México. Los grandes edificios se hunden con facilidad, y de los primeros construídos por los españoles algunos llegaron á perderse bajo la tierra y otros sirvieron apenas como cimientos para levantar sobre ellos nuevas casas; otros, como el hermoso edificio de la Escuela de Minas, amenazan cada día una próxima ruina; en cambio, si llegase á desecarse ese pantano

sobre que se asienta México, el piso todo de la ciudad, como una esfera de arcilla húmeda expuesta al sol y al aire que se desgrana al evaporarse el agua que mantenía la cohesión entre sus moléculas, se abriría por todas partes en profundas grietas y pocos edificios quedarían en pié después de haberse conseguido aquella repentina desecación, que sólo podrá verificarse sin peligro por la obra del transcurso de los siglos.



Nevado de Toluca

El valle de Toluca, que carece de lagos y cuya altitud es mayor que la de México, podría presentarse como una prueba de que sin ese elemento de vida que ofrece la evaporación de extensas superficies como la de los lagos de México, la vida vegetal y la animal se conservan sin alteración alguna; pero preciso es tener en cuenta que los datos del problema meteorológico en ambos puntos son distintos: faltan en Toluca las dos

enormes masas de hielo, el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, que influyen tan poderosamente en el Valle de México, pues el Nevado de Toluca no siempre ni en todas las estaciones se corona de nieve. Además, en el Valle de México hay que tener en cuenta la enorme cantidad de sales que las aguas y la evaporación han ido depositando en el lecho extenso del lago de Texcoco y que la desaparición de las aguas haría presentarse sobre la superficie de las nuevas llanuras.

En el siglo xvi no se pensaba todavía en trasladar á otro punto la ciudad por el temor de las inundaciones, como se intentó después, pero ya el peligro se consideraba casi inminente.

México no estaba al fin de ese siglo tan poblada como debiera estarlo, porque tanto de esa ciudad como de Tlaxcala habían sacado los vireyes y las audiencias multitud de familias para ir á establecer colonias aliadas que formando nuevos pueblos ayudasen á los conquistadores á tener sojuzgadas lejanas ó rebeldes provincias; así, mexicanos fueron á establecerse á Yucatán y á Chiapas; y tlaxcaltecas salieron á formar barrios en el nuevo reino de León. Sin embargo, según refieren todos los cronistas de aquella época, no llegaron á formar verdaderas alianzas estas colonias con los naturales del país, principalmente las de Tlaxcala que fueron á las provincias de los chichimecas, pues permanecieron siempre como extrañas y casi como enemigas de las tribus que las rodeaban.

Los conquistadores comprendían que aquel camino les facilitaba la sumisión de tribus indomables, pero no contaron con el carácter tenaz y reservado de los indios que aparentando recibir con gusto la dominación española conservaron siempre en el fondo un rencor secreto contra sus vencedores.